

en los árboles, es real y efectivamente en la serie animal nuestro antepasado más inmediato. Sin buenas pruebas no podemos creer que, para convertirse de mico en hombre, no tuvo éste nuestro antepasado semihumano más que ir escogiendo durante continuadas generaciones las más hermosas hembras, y destruir en la lucha por la existencia los individuos más débiles de su especie; y que así, gracias al valor de los varones y al amor de las doncellas en la raza de los monos antropoides, pudo el animal formular los primeros rudimentos de una lengua, y elevarse paulatinamente al grado humano, y llegar, por fin, trascurridos luengos siglos, á la civilización y cultura que hoy disfruta la humanidad.

Cuando tiene una doctrina tan maravillosas consecuencias, lo ménos que se le puede exigir es que se apoye en la demostración científica más sólida. No le sucede esto al darwinismo. Dejando á un lado sus razonamientos en el terreno de las ciencias naturales, presentaremos una muestra de los argumentos que emplea para probar su gran proposición fundamental en lo que se refiere al perfeccionamiento moral y social del hombre. Tomemos por ejemplo el punto del origen y perfeccionamiento del lenguaje.

No es Darwin gran filólogo, y para ser justos con él conviene añadir que tampoco lo pretende. Sin embargo, con sencillez extraordinaria, en brevísimas páginas, corta el nudo gordiano de las dificultades mayores que puede tener la filología, y queda satisfecho de su demostración con decir que, «después de haber leído las obras de Hensleigh Wedgwood, de F. Ferrar, Schleicher y Max Müller, no puede dudar de que el lenguaje debe sólo su origen á la imitación y modificación de los diversos sonidos naturales de otros animales, y de los gritos instintivos del hombre mismo». Añadiendo luego como comprobante este hecho de observación: «Los monos comprenden ciertamente mucho de lo que el hombre les habla; y pudiendo en el estado salvaje lanzar aullidos que anuncian á sus compañeros el peligro común, creo no parecerá demasiado inverosímil que algún mono más sábio haya caído en la feliz idea de imitar el aullido de una fiera y advertir así á sus semejantes del género de peligro que les amenaza. En un hecho de esta naturaleza habria indudablemente un primer paso hácia la formación del lenguaje». De este género son las singulares pa-

trañas que, como hechos de experiencia y observación, va recogiendo Darwin y toma por base de sus razonamientos al querer demostrar que «el lenguaje hablado debe su origen á la imitación y á la modificación, combinadas con los signos, gestos, sonidos naturales, voces de otros animales y gritos instintivos del hombre mismo».

En suma, su teoría sobre el origen del lenguaje se reduce á la demostración de esta hipótesis. El grito inarticulado del monohombre primitivo, siguiendo las leyes de la evolución, debía, por transformación sucesiva, irse perfeccionando gradualmente hasta formar los idiomas; y estos idiomas, á su vez, siguiendo siempre las leyes de la evolución, debieron de perfeccionarse también gradualmente hasta llegar á formar las grandes lenguas clásicas que conocemos.

Precisamente lo contrario es lo que viene demostrando la filología. En el siglo pasado podían mirarse como buena distracción de filósofos las teorías sobre el origen natural del lenguaje y progresivo desarrollo de los idiomas que hoy quiere renovar la escuela darwiniana; pero para presentar á los contemporáneos doctrinas tan apollilladas como la última palabra de la ciencia, se necesita toda la desenvoltura científica de Darwin y su imperturbable aplomo para sentar como verdades científicas demostradas todo aquello que ha soñado como real en la abstracción de una hipótesis. En efecto, después de los magníficos trabajos de los hermanos Humboldt y Schelegel, de Klaproth, Remusat, Balby, Gouliano, Grimm, Bopp y demás sapientísimos etnógrafos, sólo el cariño de inventor de hipótesis, y el compromiso de lucubraciones trascendentes recién dadas á luz, pueden hacer que continúen sosteniéndose aquellas doctrinas, sobre las cuales exclamaba J. de Maistre: «Delicioso hallazgo: una generación dijo BA, la otra dijo BE; los medas inventaron el nominativo, los persas el genitivo».

Puede decirse que la filología ha demostrado del modo más completo que es pura fantasía teórica todo lo que hasta aquí se ha discurrido acerca del perfeccionamiento gradual de las lenguas y del estado secundario de los idiomas. En cualquiera época que examinemos una lengua, la encontramos acabada y completa en cuanto á sus cualidades esenciales y distintivas; y aunque pueda recibir, pasando de boca en boca y con la pluma de los grandes

escritores, más lustre y pulimento, riqueza mayor y construcción más variada, es lo cierto que sus notas características y específicas, su principio vital, su géneo, si así puede llamarse, aparece desde un principio totalmente formado y no puede cambiar jamás. Si tiene en ella lugar alguna alteración, ésta únicamente se verifica al surgir el nuevo idioma como de las cenizas del anterior; y aún donde esto mismo tiene lugar, como, por ejemplo, al sustituir el romance al latín, hay cierto velo de misterio que envuelve todo este cambio y no nos permite descubrir el nuevo idioma hasta que surge todo hecho, más ó ménos bello, pero siempre plenamente formado y no sujeto á mudanzas. Los estados llamados primitivos son, con frecuencia, los más perfectos. Con gran erudición ha demostrado Grimm que muchas y muy apreciables formas de la gramática alemana, lejos de perfeccionarse, se perdieron ya del todo. Los idiomas permanecen los mismos, mientras los pueblos que los hablan permanecen también los mismos; si los pueblos cambian, los idiomas cambian; si los pueblos mueren, los idiomas mueren. Y si en el géneo de estos idiomas aparecen defectos constitucionales, esenciales y característicos del idioma, tales defectos, lejos de corregirse y perfeccionarse como lo entiende el darwinismo, no podrán, por el contrario, ni han podido nunca remediarse, ni con el trascurso de los siglos ni con el contacto familiar con otros idiomas. Antes más bien desaparecerá un idioma que conseguir introducir un nuevo elemento en su organismo. El chino, falto de construcción gramatical, jamás conseguirá ajustarse á las reglas de una buena sintaxis; las lenguas semíticas no conseguirán jamás tener un tiempo presente ó compuesto ni modos condicionales, cuya falta tanto entorpece en ellas el discurso; el alfabeto falto de vocales jamás podrá apropiarse las vocales de otro alfabeto más perfecto¹.

Imposible, por tanto, aplicar la doctrina del progreso á la formación y desarrollo de las lenguas. Ningun idioma se ha elevado por perfección gradual desde el estado salvaje de los gritos y sonidos inarticulados al estado gramatical. Las lenguas, desde su primera manifestación, surgen siempre acabadas y perfectas en sus organismos esenciales. Lo único que puede decirse acerca del procedi-

¹ WISEMAN, *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada*.—G. HUMBOLDT, *Lettre á X. Remusat sur la nature des formes grammaticales*, p. 13.

miento misterioso de su generación, es que los organismos del lenguaje ya existente, las palabras, y la gramática y las formas sustanciales de la oración de otros idiomas preexistentes, se encierran como en un molde, pero en un molde vivo, durante indeterminado trascurso de tiempo, para salir luego de este molde con su estructura completa, como salió Minerva armada de la frente de Júpiter. Este molde, vivo generador de los idiomas, es el organismo del entendimiento humano, diversamente modificado por los tiempos y circunstancias en que se halla: recibe de las generaciones anteriores los elementos del lenguaje, y combinándolos por extraño é impenetrable procedimiento de composición y descomposición, arroja de pronto sobre la tierra un nuevo idioma acabado y completo, que en adelante es imposible perfeccionar. Ni en tan larga serie de siglos como tiene de vida la lengua china, ni en un período de tres mil años, como es el trascurrido entre el antiguo egipcio y el copto moderno, ha conseguido jamás algún idioma adquirir la menor perfección en sus elementos esenciales, ó subsanar defectos constitucionales de su estructura, aunque sean éstos tan graves como la falta de vocales y la falta de verdadera gramática. Ni se puede tampoco sostener que de un idioma imperfecto salgan otros más perfectos, y vayan siempre las lenguas de peor á mejor.

Nada más contrario, pues, á la hipótesis de la evolución darwiniana que los hechos descubiertos por la filología en el desarrollo y sucesión de las lenguas. Si se comparan las antiguas lenguas clásicas con las modernas, lejos de poderse comprobar en favor de éstas últimas el cumplimiento de una ley de progreso, habrá de reconocerse, por el contrario, marcada superioridad en aquéllas, no sólo en la lozanía, gracia y belleza de la expresión, sino también en la mayor energía y riqueza para interpretar con mayor propiedad lo más profundo del pensamiento humano y los más variados matices de una idea. Ninguno de los idiomas modernos, como quiera que se le estudie y analice, puede disputar la supremacía al latín y al griego. Lo más que sobre esto pueden alegar los partidarios de la doctrina del progreso es que, en lugar de las dos ó tres lenguas clásicas que antes florecían simultáneamente, florecen ahora á un mismo tiempo en mayor número. Y si no fuera impropio de la índole del presente ensayo el descender á pormenores so-

bre esta materia, veríamos que el mismo carácter analfítico que at-
gunos tanto enaltecen en los idiomas modernos, lejos de ser una
perfeccion, significa más bien decadencia y pobreza. *Colloquium*
Otro tanto que de la estructura general de los idiomas debe de-
cirse de las palabras consideradas aisladamente. No puede negarse
que era quimérico y cándido el propósito de los antiguos filólogos,
que con la mejor intencion del mundo se imponían horribles desvelos
para averiguar cuál fué el idioma primitivo. Echaban sus cuentas
aquellos sábios ilusos de que en descubriendo el lenguaje inspirado
directamente al hombre por Dios mismo, se harían dueños de una
verdadera piedra filosofal para escudriñar con éxito seguro los
problemas más abstrusos de la religion, de la política, del arte y de la
historia, y aclarar todo lo oscuro é ininteligible con que tropieza el
hombre en los diferentes ramos del saber. Natural era que se desviera-
ran por encontrar la lengua madre que encierra en cada palabra y en
cada sílaba tesoros de sabiduría divina, la lengua cuyos vocablos no
son un sonido convencional y arbitrario con que se representa cada
cosa, sino la expresion más filosófica y profunda de la naturaleza
misma de todo lo creado. Pero prescindiendo de lo quimérico de tales
investigaciones, nadie al mismo tiempo podrá negar que existía en
ellas un gran fondo de verdad y se fundaban en hechos que la filología
comprueba cada día con mayor evidencia. Muchas cosas que ahora la
filología demuestra nos hacen, en efecto, dudar de si aquellos rebuscadores
de la lengua primitiva eran desgraciados ilusos ó sábios sedudos. ¿No
viene acaso á darles en parte razon hechos, por ejemplo, tan comprobados
é inexplicables como el de que en la generacion de las palabras las
voces no se producen sino por procedimiento etimológico, es decir,
por descomposicion de palabras preexistentes, y el hombre es incapaz
de crear una palabra nueva en el rigor de la expresion; pues aunque
todos los dias aparecen palabras, que llamamos nuevas, no tienen éstas
de nuevo más que la combinacion diversa de las raíces etimológicas,
sin que pueda citarse un solo caso de una raíz nueva producida por
el hombre? ¿A qué graves meditacion no se prestan hechos como el
de que en el trastorno y cambio de la palabra primitiva para producir
una derivada se pierde, por lo general, algo de la energía y propiedad
de la expresion, y tiene la palabra derivada mucho más de sonido
arbitrario que la

voz primitiva que le sirvió de raíz, haciéndose preciso sentar cual
verdad comprobada que, á medida que nos vamos remontando de
idioma en idioma hácia la lengua generadora de las demás, las pa-
labras aparecen más perfectas, más significativas, más filosóficas y
apropiadas á la expresion de la idea que representan? En su tiempo
observaba Platon que «debe considerarse como verdad incontestable
que las palabras no pudieron en un principio imponerse á las cosas
más que por un poder superior al hombre, y de aquí el que sean tan
exactas». La filología moderna ha confirmado por completo la
sentencia del gran filósofo.

Muy dueño es, sin embargo, Darwin de suponer, á pesar de todo,
que fueron hombres los que con tan singular maestría é incomparable
penetracion supieron los primeros dar nombre á toda cosa é imaginaron
los sonidos articulados que representan toda idea; pero si no quiere
chocar con el sentido comun, no les atribuya, por lo ménos, el estado
de salvajismo horrendo en que los pinta. Preciso se hace reconocer
que no debian tener por cierto el entendimiento cerril de los salvajes
modernos aquellos monos, recién hechos hombres, que idearon la
primera gramática; y hemos de convenir tambien que tuvieron en
todo ello singular acierto, pues desde entonces no ha podido inventar
el hombre una palabra más. Agotaron de tal manera el vocabulario
humano, que

Platón, in *Crat. Opp.* t. II. Edit. Bip. p. 343. El mismo filósofo dice en otro lugar que deben los sábios grandes alabanzas á la antigüedad por los felicisimos y propios y expresivos nombres que impusieron á las cosas. De *leg.* VII, opp. t. VIII, p. 379. Séneca se asombraba tambien del talento incomparable de la antigüedad para expresar las cosas y las ideas con las palabras más eficaces (*Effectivitas nominis*). *Epist.* mor. LXXI. En las lecciones sobre la *Filosofía de la palabra*, dictadas por F. Schlegel, y que por desgracia no pudo terminar, decía este ilustre filólogo: «Con nuestros sentidos y órganos presentes nos es tan imposible formarnos la más remota idea de aquel idioma, que poseyó el primer hombre antes de perder su original poder, su perfeccion y dignidad, como seria ponernos á discorrir sobre aquel lenguaje misterioso por cuyo medio los espiritus inmortales se comunican sus pensamientos, transmitiéndolos por las anchas vías del cielo en alas de la luz.... Cuando de esta inaccesible altura descendemos nuevamente á nosotros mismos y al primer hombre, tal y como verdaderamente fué, la sencilla y natural narracion de aquel libro, que contiene nuestros primitivos anales manifestando que Dios enseñó al hombre á hablar, aun sin pasar más allá del sentido llano, estará plenamente de acuerdo con nuestros sentimientos naturales.... El nombre de cada cosa y de cada ser viviente, tal como ha sido impuesto por Dios y designado desde la eternidad, contiene en sí la idea esencial de su ser interno, la clave, por decirlo así, de su existencia, el poder que determina su ser ó no ser, y así está usado en el sagrado lenguaje, donde se halla además en un sentido más sublime y santo y unido á la idea del verbo. *Filosofía del lenguaje*, p. 79. Todo lo cual puede servir de comentario á esta sencilla expresion del *Genesis*: *Enim quod vocabit Adam animae viventes, ipsum est nomen ejus*. C. II, v. 19.

desde aquella época el hombre no pudo formar nuevas palabras sino de la descomposicion de las palabras existentes, y todos los nuevos idiomas que vinieron despues tuvieron en su formacion que contentarse con los radicales ya formados, sin que alcanzara más su poder que á modificarlas y alterarlas segun su géno propio.

Esto nos trae á la discusion fundamental sobre el origen del lenguaje. ¿Ha podido el hombre por sí solo inventar el lenguaje articulado? Darwin resuelve este problema á la manera de Maupertuis, Condillac y Volney. Representa á la primitiva sociedad humana como el *mutum et torpe pecus*, y tal rebaño mudo y repugnante de irracionales semihumanos, descubriendo poco á poco los elementos de la vida social, se elevó gradualmente por sus propios impulsos de la bestialidad al salvajismo, del salvajismo á la barbárie, de la barbárie á la civilizacion. Para explicar el origen de este medio de expresion de las ideas, que si fuera invencion del hombre seria, á no dudar, la creacion más admirable del entendimiento humano, con la mayor sencillez dice Darwin: «No parecerá demasiado inverosímil que algun mono más sábio haya caido en la feliz idea de imitar el aullido de una fiera, y advertir así á sus semejantes del género de peligro que les amenaza; debiendo indudablemente reconocerse en un hecho de esta naturaleza un primer paso hácia la formacion del lenguaje». No todos tenemos la fortuna de ver en esto tan claro como Darwin un primer paso hácia la formacion del lenguaje, ni nos acabamos tampoco de convencer que la cuestion del origen del lenguaje es tan natural y sencilla como el darwinismo la pinta. Despues de aventurada con igual ingenuidad esta misma doctrina, como la más conforme con la teoria del *Contrato social*, el mismo Rousseau tenia más tarde que confesar, en vista de los tropiezos dialécticos que hallaba para mantenerla, que parece haber sido necesaria la palabra para inventar la palabra. Y por esta vez, al ménos, parece que el célebre sofista y el sentido común están acordes.

Examinada, en efecto, la cuestion, áun fuera del terreno filosófico, al sentido común más vulgar se le ocurre que no ha de ser cosa fácil que individuos que no son ni filósofos, ni sábios, ni caribes siquiera, sino semihombres y semimonos, y que únicamente disponen para entenderse de la mímica y aullidos del lenguaje

animal, puedan tácita ó expresamente convenirse en algo, y ménos todavía en punto á la creacion de un idioma. Experimentalmente hemos conocido la impotencia de los sábios para realizar una empresa de este género. Hemos visto á ingenios del temple de un Newton y de un Leibnitz, que disponiendo de lenguas clásicas para poderse entender y llegar á un acuerdo, quedaron, no obstante, sumidos en la incapacidad más lastimosa en cuanto acometian la empresa de la creacion de un lenguaje para comunicarse los sábios. Sin embargo, se nos quiere hacer creer que lo que no pudieron inteligencias de primer órden, lo realizaron como cosa la más natural fieras humanas que ni siquiera sabian hablar. Muchos milagros está haciendo en nuestros dias la filología, sin cesar nos revela maravillas; pero aún no ha explicado por qué extraño procedimiento, desde que aquel mono sábio tuvo la feliz idea de imitar el aullido de una fiera para avisar á los compañeros el comun peligro, y gritar *oau oau* para anunciar al perro, fué elevándose gradualmente la gente trepadora á la creacion de las notas misteriosas de las ideas y de los admirables y profundos procedimientos gramaticales que constituyen lo que llamamos idiomas. Esperamos que el darwinismo sabrá sacar en su dia á la lingüística de este grave compromiso en que la ha puesto; y no dudamos tampoco que, cuando más convenga, acertará á descubrir todas las evoluciones que indudablemente fueron necesarias para que el grito *oau oau* se convirtiera en la frase gramatical que viene el perro.

Entre tanto, nadie se extrañará si nos causa asombro el que aquellos brutales salvajes poseyeran mayor dón de lenguas que las generaciones actuales. En nuestros dias hemos tenido que inventar científicamente, y por convenio de sábios, no diré una lengua, que hubiera resultado una torre de Babel, y que, por perfecta que se quiera imaginar, nunca hubiera sido aceptada por más de una docena de orates; no hemos tenido que inventar sino algunas palabras nuevas para designar cosas é ideas nuevas; pero á pesar de toda nuestra filosofía, ¡qué de atrocidades gramaticales y lingüísticas cometimos en la formacion científica de estas palabras novísimas! Por el contrario, en los idiomas de la antigüedad más remota nos hallamos con el singular contraste de que, no sólo las palabras son más perfectas y significativas, más raras en su construccion estos defectos gramaticales de la estructura de las voces,

sino que brillan aquellas lenguas por singular riqueza de formas, modos, voces y tiempos en los verbos, de números y casos en los nombres, por extraordinaria flexibilidad para formar nuevas palabras, valiéndose de preposiciones y de la union de nombres diversos. Aparecen en ellas reglas de sintaxis incomparables por su lógica y profundidad, conjugaciones y declinaciones maravillosas por la multitud de desinencias, admirables organismos sintéticos para expresar con una sola palabra conceptos que nos precisan hoy á valernos de largos rodeos gramaticales y á veces de frases enteras; condiciones todas que dan marcada superioridad á aquellos idiomas sobre los modernos, y destruyen, por de contado, la cándida hipótesis del perfeccionamiento gradual.

Desde la publicación del insigne trabajo de filología comparada publicado por Bopp, la lingüística puede con razon sentar la fraternidad de las lenguas indo-europeas como hecho, en adelante, fuera de toda controversia¹; también puede afirmar que con la rápida y progresiva reduccion que se está haciendo de las lenguas hasta ahora tenidas por independientes, y con los admirables trabajos que empiezan á revelar íntimo enlace entre los bárbaros dialectos americanos y los idiomas asiáticos, todo indica que antes de mucho podrán sentarse, con respecto á los idiomas de las familias semítica y malaya, las mismas afirmaciones, demostradas con igual rigor y precision científica. Y si al mismo tiempo se tienen en cuenta las extrañas analogías de etimología y de gramática que se observan entre los idiomas de la más opuesta estructura, y que pertenecen á familias distintas, como la semítica y la indo-europea, parece probable que, en día quizás no lejano, reciba plena confirmacion científica la opinion profesada por los más distinguidos etnógrafos de que en el mundo no ha habido más que un idioma, y que todas las demás lenguas no son sino dialectos de ese primitivo idioma; que en el mundo no ha habido más que una gramática, y que todas las demás gramáticas no son sino alteraciones y variantes de esa gramática primitiva y fundamental². Para apoyarse sobre estos hechos fundamentales de la filología, lo que tiene ahora que hacer el darwinismo es demostrar la evolucion progresiva y cronológica del lenguaje, desde el grito inarticulado y sim-

¹ BOPP, *Grammaire comparée des langues indo-européennes*, etc.

² MAX MÜLLER, *La science du langage*, traduction de Harris et Perrot, 2.^e ed., p. 495.

plemente onomatópico al lenguaje monosilábico articulado, como el chino; y de aquí á los idiomas aglutinantes, y por fin, á las lenguas de flexion; comprobando, por último, que en la generacion sucesiva de los idiomas en cada familia su marcha fué siempre de peor á mejor.

Todo lo contrario es precisamente lo que se manifiesta en el estudio de las lenguas. Aparte de que únicamente como hipótesis puramente ideológica y procedimiento dialéctico es, á lo sumo, sostenible el desenvolvimiento de los idiomas del estado monosilábico al estado de aglutinacion, y de éste al de flexion, nadie medianamente versado en este género de estudios se atreverá á sostener que dentro de cada familia lingüística los idiomas más modernos son los más perfectos; que los idiomas vivos hoy son superiores á las antiguas lenguas clásicas; que el griego moderno, por ejemplo, es superior al griego de la *Ilíada*.

Pero como sobre todo en la manera de explicar la formacion y origen de los idiomas es donde no pueden estar más reñidos el darwinismo y la filología, conviene, aunque sea repitiendo algo de lo dicho, que expongamos con más claridad los principios comunmente aceptados por los filólogos modernos sobre esta materia.

Guil. Humboldt, el hombre tal vez que ha dirigido miradas más profundas en los problemas de estas ciencias, decia que «no llegan las lenguas á su peculiar desarrollo por grados lentos, como pretenden algunos, sino que lo reciben de un golpe por una fuerza superior inherente á la naturaleza humana»¹. El mismo pensador habia antes expuesto, en su curso de Berlin, la teoría de que «el lenguaje es un resultado necesario y espontáneo de la organizacion del hombre, y que la palabra debe estimarse como inherente á la naturaleza humana»². Con razon ha sido aceptada esta teoría por la generalidad de los filólogos, porque, indudablemente, dado ya un lenguaje primitivo ó «el tipo preexistente en el hombre, sin el cual no puede formarse ningun idioma», como decia el mismo Humboldt, ninguna otra teoría explica mejor el fenómeno de la formacion de los idiomas sobre la ruina de idiomas anteriores. Pero al mismo tiempo, con esto no se resuelve ninguna dife-

¹ HUMBOLDT, *Curso á M. A. de Resusat sobre la naturaleza de las formas gramaticales*. Paris, 1827, ps. 13, 15 y 51.

² *Ibid.*, *Memorias de la Academia Real de Ciencias de Berlin*, año 1822, p. 247.

cultad sobre el origen del lenguaje. Observando, en efecto, la manera cómo se producen los nuevos idiomas, fácilmente se comprende que en la generación de las lenguas es necesaria la existencia de dos elementos esenciales. Por un lado aparecen los organismos del lenguaje ya existentes, las palabras y la gramática, y las formas sustanciales de la oración de otros idiomas anteriores; valiéndonos de un lenguaje figurado podríamos llamar á este elemento la materia de la nueva producción. Por otro lado aparece el organismo humano apoderándose de aquellos elementos, é incubando sobre ellos hasta su completa formación, variándolos y modificándolos segun las alteraciones y el carácter que el mismo recibe del tiempo y de las circunstancias en que se desenvuelve. Faltando uno de estos dos elementos esenciales, imposible de todo punto que se produzca un idioma nuevo.

Por lo tanto, si el hombre no ha podido jamás producir un idioma sino por descomposición de otro idioma anterior, preciso es, al remontarnos de unas lenguas á otras, llegar á un hombre que recibió el idioma primitivo de un Sér superior; pues nada sería más absurdo que pretender llegar hasta lo infinito con esta escala de la generación de las lenguas. Y si, por el contrario, suponemos á la humanidad muda y salvaje en un principio, fuerza es reconocer que estaba condenada á eterno silencio por faltarle uno de los dos elementos esenciales para la producción del lenguaje. La dificultad de cómo pudo formarse la primera lengua, para que el organismo del entendimiento humano fuera deduciendo de ella los demás idiomas en el transcurso de los siglos, es, por consiguiente, dificultad insoluble, á no ser por el dogma de la revelación.

1 Dice Max Müller: «Ha perdido ahora todos sus defensores la teoría de que el hombre recibió en un principio una lengua acabada y perfecta, que luego se descompuso y dividió en los diversos idiomas que habla la humanidad». *La science de la religion*, traduction de H. Dietz, Paris, 1873, p. 32. «Nadie acepta hoy la antigua doctrina de que el lenguaje primitivo debió recibirlo el hombre por revelación, en el sentido escolástico de esta palabra; semejante teoría, así como todos los demás sueños de los antiguos filólogos, desapareció de la ciencia desde los trabajos de los Humboldt, Bopp y Grimm. Ahora sabemos todos que si de manos del Hacedor recibimos el don del lenguaje, la invención de las palabras destinadas á designar cada objeto fué, en cambio, materia entregada por completo al hombre, y realizada por el trabajo espontáneo del entendimiento humano.» (Pág. 10 del mismo libro.) Muy dignificadamente están escritas estas líneas; pero contienen, sin embargo, notables inexactitudes, que son muy de extrañar en un hombre tan eminente y versado como lo es Max Müller en este género de estudios. No es cierto que nadie sustente ya la doctrina de la revelación del lenguaje primitivo. Numerosos y profundos filólogos se declaran, por el contrario, cada día sus más ardientes campeones, sosteniendo con razon

En otros términos, y resumiendo lo expuesto en esta digresión. En el trascurso de las edades han podido nacer y morir idiomas diversos; pero ningún lenguaje articulado humano ha nacido jamás sino de lenguaje articulado anterior. El hombre ha podido, y lo está haciendo todos los días, modificar la lengua que recibe de las generaciones anteriores, produciendo así otro nuevo idioma, no por convenio ni por combinaciones científicas, sino como resultado espontáneo y secular de la organización humana, manifestándose siempre de diverso modo en la manera que cada pueblo tiene de tratar su gramática, segun las condiciones de tiempo, raza y nacionalidad. El hombre ha podido inventar la escritura, representar las ideas con flechas, con animales, con símbolos, con las letras del alfabeto; pero no ha podido inventar esos armoniosos sonidos que son las notas de las ideas, ni inventar una lengua sin una lengua anterior, ni inventar una palabra sin una palabra anterior. Si el hombre no oye las armonías de la palabra, permanece mudo. Hoy, como en el comienzo de los siglos, no habla el hombre sino porque oye hablar, y los sordos de nacimiento permanecen mudos nada más que porque no oyen. La palabra no nace más que de la

que, de no admitirse la revelación del lenguaje primitivo por vía de hipótesis en el terreno científico, el problema del origen del lenguaje queda hoy tan insoluble y más embrollado que antes. Nadie, en verdad, medianamente sesato, pone en duda que el hombre no haya recibido de manos del Hacedor el don del lenguaje, y que la humanidad, valiéndose de esa facultad que le dió el Creador, sin cesar, por trabajo espontáneo, está descomponiendo los antiguos idiomas para producir otros nuevos. Pero es cosa todavía no averiguada que, por otro medio que el de la descomposición de una lengua anterior, pudiera el hombre alguna vez producir un nuevo idioma. Que nos digan si no cuando ha ocurrido semejante fenómeno, y nos expliquen también, sin ofender al sentido común, de qué medios pudo valerse el hombre primitivo para crear un idioma sin otro idioma anterior, es decir, para hacer lo que hoy intentarían en vano los sabios más sesudos que conoce nuestra especie. Antes de sentar tal verdad científica ya incontrovertible una opinión como la que contienen los textos citados al frente de esta nota, debiera Max Müller dar satisfactoria y concreta contestación á la pregunta que precede, pues este género de problemas se resuelve mejor con hechos prácticos que con palabrería teórica; para esclarecerlos son ociosos los razonamientos *a priori*, y únicamente es legítima la demostración experimental. Contéstese, pues, á estas dos preguntas, que todavía no hemos visto resueltas afirmativamente de un modo satisfactorio por ningún filólogo: «Puede el hombre que nunca ha oído hablar crear un idioma articulado? Ha tenido alguna vez el entendimiento humano facultades distintas de las que ahora tiene para hacer lo que hoy intentarían en vano, y producir espontáneamente una lengua sin valerse de otra anterior?»

En balde filólogos y prehistóricos se esforzarian en demostrar y comprobar la contestación afirmativa á estas dos preguntas, pues la invención de un idioma, sin otro que le preceda, no sólo es cosa que no ha existido jamás entre humanos, sino que, dadas las facultades del entendimiento del hombre, nuestra imaginación tampoco concibe que haya nunca podido suceder. En el siglo XIX, como hace cuarenta siglos, el hombre, á pesar de tener el don y todas las facultades del lenguaje, permanece mudo si no oye hablar, y el entendi-

palabra; y si los idiomas nacen y mueren, la palabra en sí misma es eterna: no tiene otro origen que el VERBO.

Tan cierto es que un idioma no puede nacer sino de otro idioma, que al estudiar la estructura de una lengua, cualquiera que sea, lo primero que en ella se descubre son los materiales que sirvieron para su construcción, es decir, los fragmentos, palabras desfiguradas ó intactas, modismos y estructuras de la lengua ó lenguas anteriores que le dieron origen. En esta generación de la palabra y de las estructuras gramaticales de los idiomas no puede nacer ningún idioma sino de la sustancia misma de las lenguas madres; no hay forma gramatical que no proceda de otra gramática anterior, ni hay palabra que no proceda de la descomposición de otra palabra anterior. En nuestros idiomas modernos, las palabras no tienen su explicación sino con la lengua del paganismo romano y helénico y de los antiguos idiomas locales; en la antigua lengua del Lacio, y en los antiguos dialectos griegos, todas las voces también suponen una lengua anterior, y muchas de estas voces hasta ideas y conocimientos extraños á los pueblos del paganismo. Con el sanscrito sucede lo propio, no explicándose sus raíces sino con los idiomas muertos que va desenterrando la epigrafía orientalista¹. Y en todo lenguaje usado por las tribus salvajes tropie-

miento humano no acierta á inventar palabras sino descomponiendo palabras anteriores, ni á producir nuevos idiomas sino transformando las lenguas que recibe como legado de las generaciones que le han precedido en la tierra.

Con profunda doctrina han sentido G. Humboldt, Wiseman y Grimm, que *no llegan las lenguas á su peculiar desarrollo por grados lentos, como pretenden algunos, sino que en cualquier época examinemos una lengua, la encontraremos acabada y perfecta en sus calidades distintivas.* (*Lettre á M. Abel de Remusat sur la nature des formes grammaticales, etc.* París, 1827, p. 55. WISEMAN, *Relaciones entre la ciencia y la religión revelada*, 2.^o discurso.) Esta es una de las verdades que la filología moderna acepta ya como fuera de discusión. Sin embargo, si el principio es cierto, tan verdadero debe ser hoy como en el primer día de la existencia del hombre, é igualmente aplicable con respecto á las lenguas modernas como con respecto á la primera que usaron los humanos. En una palabra, aplicando al idioma primitivo este principio que la filología acepta como incontrovertible, de él se deduce que al pronunciar el hombre por primera vez un sonido articulado, este sonido debía pertenecer á una lengua *acabada ya y perfecta en sus calidades distintivas*. Es decir, que desde el primer día que el hombre habló existía ya una lengua completa, porque *no llegan las lenguas á su peculiar desarrollo por grados lentos, sino que en cualquier época que examinemos una lengua la encontramos acabada y perfecta.* Pero ¿quién había inventado esta lengua, si la humanidad que la habla de usar no había aún pronunciado una sílaba? Preciso es convenir que es por todos conceptos exacta la observación que en cierta ocasión hizo Humboldt: *el lenguaje no ha podido inventarse sin un tipo preexistente en el hombre.* (*Memorias de la Academia Real de Ciencias de Berlín, clase de historia y filosofía, 1820-21.* Berlín, 1822, p. 347.)

¹ OPERT, *Cours d'épigraphie assyrienne*, lección del 14 de Enero de 1873. FRIEDRICH DE LITZSCH, *Die chaldäische Genesis*, p. 286.

zamos con terminos, que suponen también ideas y conocimientos extraños á la vida brutal de estas tribus, hasta el punto de que la observación de estos fenómenos nos hace venir á la cuenta de que el idioma que emplea el salvaje, lejos de ser un idioma naciente, es un dialecto bárbaro, un resto no más de una lengua anterior, que en manos de esa tribu perece. El mundo ha sufrido en el proceso de las edades gigantescas revoluciones; está en él sujeta la materia á incesantes mudanzas, que, como un torbellino, la arrastran sin cesar por los moldes de los tres reinos de la naturaleza; pero desde la creación ni siquiera se ha producido un solo átomo nuevo de materia. Lo mismo sucede con la palabra: se modifica y trasforma sin cesar; pero desde el primer día que el hombre la usó, la materia y el organismo del lenguaje estuvieron completos. Desde entonces, de las voces antiguas habrán surgido otras nuevas, de la gramática primera nuevas formas de gramática, del primitivo idioma nuevos dialectos; pero no se ha producido desde aquel día ni siquiera un átomo nuevo en el organismo del lenguaje, ni siquiera una voz nueva que en sí misma tuviera su raíz y se compusiera de átomos nuevos, es decir, de raíces etimológicas, que aún no hubieran formado parte de anteriores organismos de lenguaje.

Y si á pesar de esta impotencia de las generaciones posteriores para crear nuevas raíces etimológicas que pone de manifiesto la filología; á pesar del sello de maestría y superioridad que descubrimos en los idiomas más cercanos que los nuestros á la lengua madre, nos empeñamos, sin embargo, en sostener que el lenguaje es pura invención humana, de justicia es para nosotros declarar que el que ha inventado el idioma primitivo y ha dado nombre á toda cosa con tal penetración que parecía expresar con la palabra la esencia misma de la cosa, y ha tenido además la incomparable maestría de dar el primero á la oración el soberbio organismo gramatical, no debe llamarse ni semihombre, ni semihombre, ni salvaje, ni bárbaro siquiera, sino civilizado, y muy civilizado, y gran maestro de la humanidad. Debemos reconocer que aquellos salvajes primeros, que, no teniendo para entenderse más lenguaje que el grito de las fieras y la pantomima de los instintos, supieron, sin embargo, reunir, para realizar su intento, lo que después intentaron en vano los filósofos, es decir, inteli-

gencia para inventar palabras y poder para hacerlas aceptar, eran más que monos, más que hombres, más que filósofos, más que sábios: digamos que eran dioses.

Por lo demás, aplicada al hombre y al origen de la sociedad, la teoría darwiniana viene á reproducir en sustancia la doctrina del salvajismo primitivo, doctrina harto desacreditada ya para poder ser tema de una discusión científica un poco seria, á pesar de los trabajos de algunos prehistóricos y de la obra de indisputable mérito publicada por Lubbock sobre el *Origen de la civilización y condición primitiva del hombre*. Que sea por la ley de evolución, ó por la ley del progreso, como la entienden los racionalistas, ó por el voluntario convenio que dió lugar al contrato social supuesto por Rousseau, lo que siempre se supone es que el hombre, desde su primitivo estado de fiera, se ha elevado gradualmente por progresivo desarrollo á las relaciones de familia, de tribu y á la organización del Estado, hasta llegar por fin á la civilización actual. Pobre y arbitraria teoría, que por más que haya seducido á algunos, recibe diariamente las más palmarias contradicciones con el adelanto de los estudios históricos y las investigaciones de la crítica.

En las grandes mudanzas sociales, cuyo recuerdo nos ha conservado la historia, descubrimos pueblos que desde la más remota antigüedad tuvieron extraordinaria cultura y decayeron luego hasta llegar á la degradación más abyecta¹; descubrimos también otros pueblos, que desde el estado de bárbarie fueron progresando

¹ Por mucho que se esfuerzen los prehistóricos, jamás conseguirán demostrar con pruebas que merezcan discusión la existencia de un período, histórico ó prehistórico, durante el cual fué salvaje todo el género humano por toda la redondez de la tierra. Los más remotos la civilización y el salvajismo han sido siempre, como ahora, contemporáneos. En el mismo siglo XIX, que tan asombrados nos tiene con sus descubrimientos, no pocos pueblos trabajan el hacha, la flecha y demás utensilios de sílice para su uso particular. Así como en la misma época en que se labraban por Europa los utensilios y baratijas de piedra, que tan preocupados tienen á los modernos historiadores de aquellos tiempos, se levantaban las asombrosas ciudades de Nínive y Babilonia. Y otro pueblo de misteriosa cultura, en la cuarta dinastía de sus reyes, es decir, *cuarenta y dos siglos* antes de nuestra era, se distinguía en el arte de la navegación, trababa sus geroglíficos sobre la piedra como sobre el papiro. (P. F. FRA, *Discurso de recepción en la Academia de la Historia*, p. 86), y perforaba después el Istmo de Suez para poner en comunicación los dos mares, y construía en las márgenes del Nilo esos monumentos extraordinarios destinados á desahar la injuria de los siglos, montañas de piedra edificadas en todos sus detalles con arte tan maravilloso, orientación, nivelaciones, ángulos y proporciones tan perfectas, con tanto saber mecánico, matemático y astronómico, que el pueblo constructor de tales maravillas revela que fué civilizadísimo. Sin embargo, la civilización de aquel pueblo, como todas las que relata la historia, fué también importada. ¿Quién reconocería ahora á aquel pueblo en la

á mayor cultura; pero jamás se ha visto que pueblo alguno salvaje alcanzara el menor adelantamiento moral ó material. Lo que, por el contrario, revela la historia es que hombres en el estado de salvajismo en que se quiere suponer á los padres de la humanidad, no han podido jamás, ni pueden, áun con el auxilio de naciones civilizadas, realizar progreso ninguno. La historia y la experiencia revelan también que el hombre, con sólo las facultades con que nace, no cultivadas por la educación; el hombre, sin beneficiar el legado de las generaciones anteriores, nunca ha logrado ser más que una fiera indomesticable; y que esa fiera humana, que llamamos el salvaje, no representa al hombre en vías de civilización, no representa la primera, sino la última etapa de las sociedades humanas, y se le debe mirar como una rama desgajada del gran árbol de la humanidad, y degradada y embrutecida por no sé qué anátoma, cuyo sello lleva impreso en la frente. El salvaje no es el mono hecho hombre, sino el hombre hecho bestia. El bárbaro que lleva andada la mitad del camino para llegar al salvajismo, puede irse realzando y ennobleciendo hasta llegar á la cultura; pero el salvaje no se civiliza jamás.

Postrada en ese grado supremo de degradación la naturaleza humana, rebajada al nivel de las fieras; pierde alguno de sus caracteres distintivos, se sustrae por completo á su ley de perfección indefinida¹. Una vez arrojada al salvajismo, la tribu es incapaz de dar en lo sucesivo un paso hacia adelante; cruzará los siglos permaneciendo siempre estacionaria como las fieras, aunque otros pueblos vengan á darle la mano para levantarla de su embrutecimiento.

estúpida y miserable raza de fellahs que hoy habita las mismas regiones? ¿Quién podría asegurar que, siete mil años después de haber levantado las pirámides, los pobladores de las regiones de Egipto, convertidos en tribus salvajes, no fabricaran utensilios de sílice? Por otro lado, preciso es reconocer también que en los pueblos más civilizados entre los modernos, las facultades más altas del entendimiento humano no se muestran superiores á aquellas que produjeron los Vedas, el Ramayana y el Mahabharata, los libros de Confucio, los sistemas filosófico-religiosos de Zoroastro, etc. ¿Cuáles son las nuevas concepciones filosóficas acerca del universo, de la forma y de la materia, de la vida, del espíritu, de lo finito y de lo infinito, formuladas por el génio de Spinoza ó por las gigantescas incubaciones panteístas de la filosofía alemana en nuestros tiempos, que no hubiera planteado ya la filosofía india, y resuelto hace más de cuarenta siglos á orillas del Ganges con soluciones idénticas á las que, profesadas por la escuela hegeliana en las cátedras de las orillas del Rin y del Elba, han exaltado el entusiasmo y asombro de la juventud contemporánea. ¿Es inspirado largo tiempo todo el movimiento científico de nuestra época? ¿Se profesa hoy algún sistema filosófico que no haya conocido el hombre desde la antigüedad más remota?

¹ Véase el discurso sobre el *Origen de la civilización*, del Dr. WHATKEY, donde se halla desenvuelta esta doctrina con abundantísima copia de datos.

La civilización extermina al salvaje, pero no lo educa. Del modo más elocuente se ha confirmado esto en las últimas centurias con las razas americanas. Si los pueblos bárbaros, como los de Méjico y el Perú, que allí encontraron los descubridores, fueron entrando poco á poco en el gremio de la civilización cristiana y fusionándose con la raza europea, en cambio las tribus salvajes nunca pudieron salir del salvajismo, y para luchar con ellas la civilización no encuentra otro medio que hacerlas desaparecer de aquel suelo por horrible exterminio. Desde las más remotas edades las tribus salvajes vivían, como ahora viven, en contacto con los demás pueblos y como formando cerco en torno del mundo civilizado; pero en aquella época, como ahora, eran razas extrañas á la vida de los demás pueblos. De las civilizaciones antiguas no recogieron más que armas de guerra y barbárie; de nuestra brillante civilización no han sabido recoger más que la pólvora y el aguardiente para exterminarse más pronto. Si el misionero les lleva el arado y los animales domésticos, dan muerte á los animales y los tuestan con la leña del arado. Hoy, como hace cuarenta siglos, cortan el árbol para coger el fruto. El cristianismo ha podido apoderarse de alguno de sus individuos, y arrancándole del suelo de la madre patria volverle á la vida social; pero lo que ha podido alguna vez con el salvaje como individuo, no lo ha podido jamás con la tribu salvaje como nación. La tribu salvaje no tiene otro destino que el de perecer, comiéndose sus hijos unos á otros, ó desapareciendo del suelo al contacto de la civilización¹.

¹ Uno de los más exaltados corifeos de la escuela darwinista emite esta opinión sobre la perfectibilidad de los salvajes.

«Ni una sola de esas tribus ha podido regenerarse por la civilización, cuyo contacto no hace sino precipitar su desaparición. Han quedado estacionarios en un grado de civilización apenas superior al de los monos, y que las razas humanas superiores pasaron hace miles de años. (HARVEY, *Historia de la creación natural*, lecc. 24.) Más adelante añade el mismo autor que es trabajo infructuoso pretender civilizar á esas tribus, porque, en efecto, es de todo punto imposible hacer germinar la civilización humana allí donde ni siquiera existe el suelo para ello, es decir, el perfeccionamiento cerebral. Difícil parece que se pueda armonizar esta confesión con la doctrina evolutiva. Todo el mundo conoce la elocuente comprobación que están recibiendo estos hechos con la rápida desaparición de las razas indígenas de Norte-América; razas que pronto se habrán extinguido por completo sin que la civilización haya podido sacarlos de su estado salvaje. Tan terribles como decisivos son los datos que sobre la inevitable destrucción de estos indios consignaba el ministro de Agricultura de los Estados-Unidos en el informe que sobre este particular presentó al gobierno de la república en Setiembre de 1874. Digno de detenido estudio es también, para seguir la desaparición no menos rápida de otras razas salvajes en diferentes puntos del globo, el discurso pronunciado por el catedrático Owen en el con-

Si la civilización se extiende por sus regiones, la civilización la devora, pero no la educa; la hace perecer como á las fieras, pero no la instruye; y esto no es inhumanidad, no es crueldad, no es barbárie, no es más que el cumplimiento como hecho fatal del anatema que pesa sobre una raza caída¹.

Y en el salvaje, no sólo está pervertida la naturaleza humana en su condición de perfectibilidad, sino que aparece trastornada también en las más profundas raíces de su esencia moral. Necesitamos nosotros ahogar la voz de nuestra naturaleza para cometer el crimen; pero el salvaje no tiene más que seguir los impulsos de su propia naturaleza para matar á su padre y á sus hijos, alimentarse de sangre y comerse á sus prisioneros. Su naturaleza es la naturaleza del crimen sin el remordimiento. El instinto preserva al bruto de lo que va á ser su destrucción; ese instinto no lo tiene el salvaje: bebe el veneno y el licor hasta la embriaguez, hasta el letargo, hasta la muerte².

En medio de su último grado de envilecimiento, la raza caída de los salvajes conserva todavía, sin embargo, recuerdos y restos de antigua civilización. El salvaje se acuerda de una edad de oro; que llama, como el antiguo Oriente y el paganismo helénico, la primera edad que conoció la tierra; para él es muy cierto aquello que se decía en el Lacio: *auræ prima sala est ætas*³. En sus tradiciones los vestigios de la edad de piedra están superpuestos á los de la edad de oro. Y lo mismo que descubrió el docto Schlieman en sus

greso internacional de orientalistas de 1874, discurso reproducido por *El Times* en su número del 21 de Setiembre de aquel mismo año. Consúltase también la *Historia de la sociedad más moderna británica*, por el Dr. WANGEMAN, Berlín, 1873; QUATRECAGES, *Les Polynésiens et leurs migrations*, p. 69; LE BARON FREDERIC DE PORTAL, *Politique des lois civiles*, Principes généraux, deuxième partie, p. XIX y XX, y ALBERT J. MOTT, *On the origin of savage life*. Address read before the literary and philosophical society of Liverpool, 1873.

¹ Mucho suele asearse á los Estados-Unidos el que contra las tribus salvajes dirijan exterminios y cacerías como contra el oso y la pantera. A la verdad no es cristiano el procedimiento, pues como decía Las Casas, «mal se compadecen la violencia y el Evangelio»; pero sin dejar de probar con toda energía el procedimiento de barbárie para exterminar el salvajismo, valiera más que con las declamaciones filantrópicas no se olvidara que es hecho experimentalmente demostrado en la historia, el que cuando la civilización viene á apoderarse de la tierra que alberga al salvaje, acaba entonces de cumplirse en una catástrofe final el anatema que pesaba sobre la raza caída, y la tribu desaparece de aquel suelo *exterminada siempre* por la civilización, que no la puede educar. En la conquista de América tropezamos nosotros con pueblos bárbaros y con tribus salvajes: los bárbaros, como los de Méjico y el Perú, se civilizaron; las tribus salvajes, como los indios de las Antillas, desaparecieron.

² J. DE MAISTRE, *Soirées de St. Petersburg*, deuxième entretien.

³ HUMBOLDT, *Coralleras y monumentos de América*, t. I, p. 3, lám. VII.

excavaciones de la antigua Troya, descubre en todas partes el arqueólogo al escarbar la tierra que pisa el salvaje, encontrando siempre las toscas señales de la edad de piedra encima de los vestigios de la edad de cobre¹. El salvaje, por fin, conserva en sus costumbres de tribu restos, tradiciones, recuerdos propios, no sólo del cazador vagabundo ó del pastor nómada, sino á veces tambien de la tribu sedentaria. Habla un idioma que no es un idioma verdadero, sino resto de otro idioma²; y como observa F. Schlegel, en este dialecto suyo, que parece debiera ocupar el grado más inferior de la cultura intelectual, aparece la estructura gramatical más sábia, y se encuentran palabras que representan ideas que ya no existen en la tribu; palabras que para ella ninguna razon tienen ya de ser, puesto que representan ideas y conocimientos extraños á su estado actual. Todas estas ruinas y tradiciones demuestran á quien sepa consultarlas cuántas y cuán tremendas debieron ser las catástrofes que vinieron sobre la raza embrutecida.

Sobre la negacion de todo esto está, sin embargo, edificada la doctrina de Darwin. Si la observacion demuestra al salvaje imperfectible, él lo hace perfectible y lo señala como la transicion de la naturaleza entre el mono y el hombre para producir gradualmente las leyes de la sociabilidad. La tribu caribe le parece el estado primitivo de la humanidad antes de llegar por sucesivo progreso al estado actual; pretende hallar el punto de partida de la cultura humana en ese sér degradado y refractario á toda cultura, en esa fiera humana que la civilizacion está exterminando por donde quiera despues de haber reconocido que era imposible mejorarla.

No debe extrañar, en verdad, que un autor, áun dotado del singular talento de observacion que caracteriza á Darwin, movido del afan de crear una teoría nueva, llegue á ofuscarse hasta el ex-

¹ SCHLIEMAN, *Topographische Alterthümer Bericht über die Ausgrabungen in Troja*, Leipzig, 1874; obra en la cual prueba el autor que una civilizacion más ruda siguió á otra más perfecta, apoyando su demostracion en los vestigios de la edad de piedra hallados encima de los de la edad de cobre.

² MAXMUS, *Beitrag zur Ethnographie Amerikas*, t. I, ps. 5, 854 y 5, en donde demuestra que estas tribus salvajes descienden de pueblos civilizados. Véase tambien el discurso pronunciado por el Dr. LE PLONGEON en la sociedad geográfica de Nueva-York en Enero de 1873 sobre el tema *Vestiges of antiquity*; y la obra de F. J. HERRISSON, *Two years in Peru with explorations of its Antiquities*, Londres, 1873, y el discurso de ALAR. J. MORR, *On the origin of Savage life*.

tremo de presentar como verdades inconcusas las paradojas más desprovistas de seso. Pero lo que sí debe llamar singularmente la atencion es el furor con que han sido admitidas tales doctrinas en el órden científico. Si Darwin se lanzó á correr aventuras, mucho más heroico ha sido el valor de sus discípulos para acometer aventuras científicas nunca vistas ni oidas. Increíble parece que puedan escribirse en sério las crudas atrocidades que ahora se publican en los libros de texto de la escuela. Del terreno de las ciencias naturales han venido á hacer irrupcion en todas las demás ciencias, y en filosofia, en política como en religion; á nombre de la evolucion desenvuelven las más peregrinas doctrinas del progreso.

Indudablemente que se necesita ingenio casi diabólico, y bastante más sutil que el del sutil Escoto, para deducir los dogmas de la moral de esa ley que produce el mejoramiento evolutivo de las especies por la eliminacion del débil por el más fuerte en la lucha para la existencia y por la ley de la seleccion sexual, es decir, hablando en puro romance, por *ayuntamiento con sembra hermosa*. Habitados estamos en esta época á oír sobre estas materias, sin sobresalto ni asombro, doctrinas muy ménos escandalosas y blasfemas que las que en otro tiempo calificaban los teólogos de *piarum aurium offensivas*; pero, sin embargo de hallarnos curados de espanto en punto á herejías, se apodera de nosotros verdadera ansiedad cuando nos dicen que proviene la moral de los apetitos sexuales y demás instintos que gobiernan al reino animal. Tema fecundo es éste, á no dudar, para meditado por una escuela aficionada al procedimiento hipotético, y alamada ya por su prodigiosa inventiva y maravillosos descubrimientos en los asuntos más baladies. Deben ser seguramente por todo extremo peregrinas y dignas de exámen las revelaciones que traiga á la ciencia como fruto de sus lucubraciones y vigiliás para averiguar los orígenes orgánicos de las grandes nociones del deber, del derecho y de la justicia. Creemos, pues, que no desagradará al lector que tambien en este terreno examinemos la doctrina darwinista.

III

EL DARWINISMO Y LA MORAL

L plantear el problema del origen de la conciencia y de las ideas de derecho y deber, Darwin sienta la siguiente proposición, que él mismo califica de fundamental, y lo es, sin duda alguna, para su sistema: «Un animal cualquiera, dotado de instintos sociales pronunciados, adquiriría seguramente un sentimiento moral ó una conciencia en cuanto sus facultades intelectuales hubieran llegado á un desarrollo igual al que alcanzan en el hombre»¹. Aceptamos la proposición sin poner reparos sobre si están bien ó mal fundados los términos del supuesto. Únicamente séanos permitido dudar de que suposición semejante pueda conducir á algún resultado científico y tener conclusiones un poco serias. Podía, en efecto, Darwin haber dicho con igual verdad que, si hubiera algún gallo dotado de instintos sociales pronunciados, adquiriría seguramente una conciencia en cuanto sus facultades intelectuales llegaran á desarrollo igual al que alcanzan en el hombre; pudiendo haber añadido, además, sin temor de ser desmentido por nadie, que, á pesar de haber definido algún filósofo al hombre como un bipedo implume, ese tal gallo, en las condiciones en que le quiere imaginar el maestro Darwin, á pesar de las plumas, se parecería tanto al hombre, que podríamos llamarlo hombre con forma de gallo. ¿Quién le ha de negar á Darwin su perfecto derecho de suponer que el mono tendría indudablemente el dón de la conciencia en cuanto sus facultades intelectuales de mono hubieran adquirido un desarrollo igual al de las facultades intelectuales del hombre? Y en presencia de un mono tan razonable y concienzudo como el mono hipotético de que se trata, dudo mucho que alguien se atreviera á negar que ese tal mono no fuera un hombre verdadero, aunque feo y cuadrumano, y de largo cóxis. Y si, invir-

1 DARWIN, *Descendencia del hombre*, I, I, c. III.

tiendo el supuesto, nos presentarán un animal con forma humana, pero sin conciencia y sin ninguna de las facultades humanas, dotado, por el contrario, de todos los instintos y habilidades del mono, diríamos que ese hombre habría adquirido la naturaleza del mono en cuanto sus facultades intelectuales hubieran llegado á un desarrollo igual á las del mono. ¿Mas pueden servir para algo estos animales inventados ideológicamente, pero que jamás se conocieron, y que probablemente no existirán jamás? Se puede deducir consecuencia alguna científica de estos juegos de imaginación, que consisten en suponer monstruos de fantasía?

Darwin, sin embargo, valiéndose de este monstruo fantástico, nunca conocido en la naturaleza, pretende demostrar cómo con la evolución progresiva de los organismos los irracionales se convirtieron en gente sensata, y los instintos del animal en la conciencia humana. Le seguiremos en el desarrollo razonado de su hipótesis, que, por el candor de la dialéctica, es, en verdad, digna de estudio como modelo del procedimiento demostrativo que suelen usar los incorregibles inventores de sistemas. Suponed «las facultades intelectuales de este animal social llegadas á cierto elevado desarrollo, dice Darwin: entonces el cerebro de cada individuo removería sin cesar las imágenes de sus actos pasados y de las causas de estos actos; y el sentimiento de no satisfacción que resulta invariablemente de un instinto que no ha sido satisfecho, como lo comprobaremos más adelante, aparecería otras tantas veces como cuantas el instinto social actual y persistente habría cedido ante cualquier otro instinto social actual, y no permanente por naturaleza, ni capaz de dejar una impresión muy viva». Suponed en tercer lugar que el animal ha adquirido el dón de la palabra, pudiendo entonces los miembros de una comunidad expresarse recíprocamente sus deseos: la opinión comun sería la norma principal de los actos de cada individuo. Los instintos sociales del animal

1. Con dificultad se penetrará el lector de que la traducción de estas frases pueda estar escrita en castellano; pero debo decir en descargo que ha de ser tan profundo el pensamiento de Darwin, que él mismo no lo ha podido expresar en buen inglés; ni su traductor francés J. J. Moulinie ha acertado tampoco á interpretarlo sin maltratar la gramática. Pero para ser justos debemos suponer que la causa verdadera, ó por lo menos la más probable, de tanto solecismo, debe consistir en la subtilidad de un pensamiento, refractario por lo visto á ser interpretado en toda su profundidad por ningún lenguaje humano, y que el sábio naturalista se ha visto precisado á encerrar bajo tan misteriosa é impenetrable fórmula, que sólo podrán descifrar los organismos angélicos de la última evolución.

darian lugar á acciones provechosas para el bien de la comunidad, la cual estaría robustecida, dirigida, y con frecuencia desviada por la opinion pública, cuyo poder descansa, como lo vamos á ver, sobre la simpatía instintiva. Suponed, en fin, la costumbre fortaleciendo los instintos sociales de cada miembro y afianzando definitivamente las modificaciones instintivas adquiridas gradualmente, y así llegareis á la obligacion subjetiva de la obediencia á los demás y á los juicios de la comunidad.» Y desde que aparece esta obligacion subjetiva, no puede ponerse en duda que el animal social se ha convertido en sér moral, con conciencia responsable, derechos y deberes.

Apliquemos al hombre esta série de trasformaciones hipotéticas á que somete Darwin su animal hipotético, y tendremos explicado *«del modo más probable, segun dice el hábil naturalista, el origen de la conciencia humana y la aparición del derecho en la tierra, y la revelacion de los dogmas de la justicia á la humanidad»*.

Tal es la historia natural de la moral que fantasea el darwinismo. Son tantas y tan demasiado fenomenales las cosas que aquí supone la escuela, que no sería cuerdo disertar sobre ellas. Contra este género de argumentaciones imaginarias vale más la risa que la dialéctica. Muy probablemente, no me atrevería á negarlo, tales trasformaciones del instinto social en sentido moral, y de la opinion pública de un rebaño en las nociones del deber y del derecho, habrán ocurrido en las regiones que sueña Darwin y con los animales que él inventa; pero hasta ahora, al ménos, y mientras no nos demuestren lo contrario con buenas pruebas y razones, lo más probable y cuerdo es suponer que tales metamorfosis maravillosas, ni han ocurrido en esta tierra en que vivimos, ni las han experimentado nuestros abuelos.

Nada tiene que envidiar esta teoría de la justicia á la sublime generacion de lo justo por el *egoísmo* y el *otroísmo* que descubrió Littré. Sobre este punto, en efecto, darwinismo, positivismo y materialismo se confunden. Para Darwin, como para Littré, la moral y el derecho no son más que productos artificiales del estado social, refinamientos de civilizacion, combinaciones y trasformaciones del instinto animal, sometido al alambique de los siglos. Pero la moral así comprendida, la moral extraída de los instintos animales ó de la vida orgánica, no será nunca en la ciencia más que

una invencion de entendimientos perversos; y en la vida real un sistema monstruoso é indecente de egoísmo y tiranía. Nunca llegará el hombre á concebir la idea de la justicia, la idea de una ley moral obligatoria, si no se apoya en otra ley eterna, universal, indestructible, superior á los convenios humanos y á las potestades de la tierra, anterior á todos los códigos y á todas las legislaciones; ley invariable, que es hoy lo que era ayer, lo que será mañana; sancion suprema de todos los actos humanos; norma eterna de lo justo y de lo injusto que hallamos en el fondo de la conciencia, y de cuyos mandatos ni los pueblos ni los magistrados pueden desligarnos. Independiente de nuestra personalidad, existia esta ley superior, antes que existiéramos y antes que fueran las cosas. Sin ella no puede haber ni moral, ni libertad, ni deberes, ni derechos; sin ella las nociones fundamentales de justicia y deber que llevamos grabadas en la conciencia, serian palabras huecas y sin sentido; no habria ni mal ni bien en la tierra; las más horrendas iniquidades, las más crueles injusticias serian justas y legítimas, puesto que no habria otra norma de lo justo y de lo injusto que la voluntad del más fuerte. Todo el sistema de la justicia humana se reduciría á concupiscencias brutales, enfiernadas ó desatadas por la fuerza.

Mas esta ley eterna de lo justo y de lo injusto á su vez no podria vivir si no se fundara en la existencia de un Dios personal, fin y esencia suprema de la justicia absoluta; ni podria tampoco obligar al hombre sin los dogmas de la libertad humana y de la espiritualidad é inmortalidad del alma. «Dios, el alma, la libertad y la inmortalidad son axiomas correlativos de la conciencia moral», decía Kant; y el filósofo no hacia más que expresar en esta sentencia una verdad, que se impone á las lucubraciones de la filosofía más trascendente como á los entendimientos más vulgares. El sofista más sutil no llegará jamás á demostrar que sin Dios, sin religion, sin alma humana inmortal, espiritual y libre, pueda haber para el hombre deber y virtud, bien y mal, vicio ó pecado. Se podrán inventar sistemas de moral independiente; se podrán imaginar paradojas para derivar la justicia del principio de la utilidad comun; se podrán idear evoluciones para trasformar el instinto animal en el sentido moral, la lujuria en el amor al prójimo de la filantropía y en el derecho social, el egoísmo en el derecho indivi-

dual; pero el bien y el mal, el delito y el acto meritorio, nunca serán en tales sistemas sino creaciones artificiales de legislaciones positivas, ficciones arbitrarias y opresoras, fundadas, á lo sumo, en lo útil y sostenidas por la fuerza.

El derecho, para merecer nombre de tal, tiene que fundarse en un principio absoluto y necesario. Si sus mandatos se nos han de presentar como obligacion moral, forzosamente se han de apoyar en algo superior á la naturaleza y al hombre. Pero, ¿dónde habrá de residir este principio absoluto y necesario si se suprime el dogma de la divinidad? El derecho no surgirá jamás ni de los silogismos de la razon humana, ni de la opinion y voluntad de las muchedumbres, y ménos aún de la fuerza. La razon humana no crea el derecho, lo descubre. La opinion pública de las muchedumbres tampoco puede determinar ninguna regla ó sancion de lo justo ó de lo injusto. Las muchedumbres podrán crucificar á Cristo y perdonar á Barrabás; pero digan y hagan lo que quieran las muchedumbres, Cristo será siempre el inocente y Barrabás el culpable. La tiranía, en fin, asistida de la fuerza brutal, podrá dar lugar á actos de violencia y despojo que causen estado; podrá oprimir al justo, porque es débil; podrá condenar á Sócrates á beber el veneno; pero sobre todas las iniquidades de la fuerza causando estado, el derecho inviolable de la conciencia del justo le permite erguir la frente altiva y decir á la tiranía que le oprime: tú eres la iniquidad y la barbárie; tú eres el verdugo y el malvado; yo soy el inocente y el mártir. Mas en balde se buscarán inocentes, justos y mártires, heroísmo y virtud en las víctimas de las tiranías sociales, si el derecho y la justicia no se fundan sino en la opinion de las muchedumbres, ó en los convenios arbitrarios de las leyes humanas, ó en la fuerza causando estado.

Imposible, en efecto, imponer al hombre como obligatoria una ley moral que sea sancion de todos sus actos, si esta ley no se funda en un principio absoluto y necesario. Imposible levantar la idea de derecho y de deber, de virtud y heroísmo, sobre otro pedestal que el de la justicia absoluta. Si la justicia se reduce al principio de la autoridad social, no veo por qué no hemos de aceptar como máxima fundamental en nuestros códigos el principio de que se deben sacrificar sin reparo los individuos en cuanto lo exige el interés de la generalidad, sancionando como justas las horribles ini-

quidades que de aquí se deducen. Si la opinion de la comunidad es la norma de la virtud, no veo por qué no hemos de considerar como orates á los mártires que perecen protestando contra las tiranías sociales, y compadecer á Polito como á un pobre mentecato. Si en lugar de leyes morales para juzgar las acciones humanas, no hay en el mundo más que leyes naturales y biológicas, no veo por qué no hemos de llamar hombres de bien á los tunantes y bribones explotadores del prójimo, mártires y varones justos á los asesinos que entregamos al verdugo. Ni comprendo tampoco cómo en bien ó en mal pueden tener los hombres mayor responsabilidad que la máquina que obedece á las fuerzas que la impulsan, y la piedra que cae, y el carnívoro de la especie animal, que siguiendo los impulsos de su naturaleza, vive de matanza y de rapiña. Si la moral y el derecho se reducen á un sistema de seguros mútuos, en que el individuo se impone algunos sacrificios para exigirlos iguales de sus semejantes, y hacer de este modo posible y tolerable la vida social, no veo por qué se han de admirar los rasgos sublimes de abnegacion que consisten en querer al prójimo tanto ó más que á sí mismo y sacrificarle la propia fortuna, la propia felicidad, la propia vida. No veo por qué los más heroicos sacrificios de la virtud incomparable que llamamos entre cristianos *caridad* no han de apreciarse como actos de rematada locura; y los San Vicente de Paul y todos los séres que aparecen en los hospitales y lazaretos, y junto á las situaciones más críticas de la humanidad doliente, sacrificando su vida al bien de sus semejantes, no han de inspirarnos compasion más bien que admiración y alabanzas.

Justo es decir que algunas escuelas, despues de haber intentado demostrar el origen de la moral en principios completamente extraños al órden suprasensible, retroceden, sin embargo, ante las consecuencias extremas, y aun á fuer de ser tachadas de inconsecuencia, hacen increíbles esfuerzos dialécticos para llegar á demostrar que vienen á parar con su sistema á las mismas conclusiones de la ley moral ordinaria. Tal ha sido, por ejemplo, la escuela utilitaria de Bentham y Stuart-Mill. No sucede lo propio con el darwinismo. No retrocede ante ninguna consecuencia; su desenvoltura es completa cuando se trata de sentar los dogmas de la nueva moral. Desde luego rechaza con igual desprecio la antigua doctrina del derecho natural y la moderna teoría democrática

de los derechos del hombre. Declara que no concibe lo que pueden ser esos derechos inherentes á la persona humana, y todas esas patrañas metafísicas que hoy se formulan con el nombre de derechos imprescriptibles, inalienables, anteriores y superiores á toda ley escrita. El dogma de la igualdad democrática le parece también al darwinismo un sueño de utopista, que no puede tener otro fruto que el de engendrar horrible anarquía. Las desigualdades sociales son consecuencia necesaria de la selección sexual: el mejor individuo escoge la mejor hembra; esta pareja transmite sus cualidades á su descendencia, y así se forma la raza superior. A las clases superiores elaboradas por la selección sexual pertenece de derecho la soberanía social y la dirección de las masas. Las doctrinas sociales y políticas que quiere fundar la escuela de la evolución son, pues, como lo declara uno de sus más brillantes mantenedores, «radicales en grado superior á todo lo que concibe el radicalismo actual, y conservadoras también en grado superior á todo lo que concibe la moderna escuela conservadora»¹. Aspira, por tanto, á ser reveladora de dogmas morales y principios del todo nuevos.

¿Cuál es el principio fundamental que en el orden social y político debe, según la escuela, constituir la preocupación constante de los legisladores? Es el mejoramiento de la humanidad, fundado en un conocimiento exacto y profundo de las leyes biológicas, como la de la selección sexual, que presiden al mejoramiento de la especie². El legislador debe imitar á la naturaleza y ayudarla en su trabajo de eliminación de los seres imperfectos. Para nada se han de tener en cuenta los intereses y derechos del individuo, sino los intereses y derechos de la especie. Eleva la escuela su absoluto menosprecio del derecho individual hasta el extremo de hacer alarde de la más profunda aversión á todas las obras de filantropía y caridad, que tienen por objeto amparar al necesitado de la clase inferior.

«Sostener á los incapaces á expensas de los capaces, dice Herbert Spencer, es gran crueldad. Es hacer de propósito deliberado acopio de miserias para las generaciones futuras. No puede transmitirse á la posteridad más triste legado que el de la masa de imbeciles, perezosos y criminales, aumentada y multiplicada en nú-

¹ HERBERT SPENCER, *Introducción á la ciencia social*, c. XVI, conclusión.

² DARWIN, *Descendencia del hombre*, t. II, conclusión, p. 429.

mero siempre creciente. Ayudar á la multiplicación de los malos es preparar perversamente á nuestra descendencia un ejército de enemigos. Con razón debemos preguntarnos si la estúpida filantropía, que no piensa sino en aliviar los males del momento, empeñándose en no tener para nada en cuenta los males indirectos, no produce á la postre mayor suma de miserias que el más extremado egoísmo.... Hay algo, sin embargo, que merece reprobación aún más severa: y es el malbaratamiento de capital, inspirado en una falsa interpretación de la máxima que *la caridad borra muchos pecados*. Debemos reconocer que se descubre un elemento de verdadera bajeza en las personas imbuidas en tan falsa interpretación de la caridad; trabajan por adquirir un buen puesto en el otro mundo, sin preocuparse del daño que, obrando así, causan á sus semejantes.... Son egoístas de primera fuerza, á quienes, con tal de salvarse, les importa poco el mundo y la humanidad, que menosprecian.... Los que se proponen proteger á la masa de los incapaces producen un mal incontestable, entorpecen ese trabajo de eliminación de la naturaleza, por el cual la sociedad ella misma se depura sin cesar. Sólo contribuyen á conservar los malos y á destruir los buenos, sin procurar ninguna de las ventajas que puede producir el otroismo (la filantropía) individual»¹. Y renuncio á citar otros textos parecidos que abundan en el libro de Herbert Spencer. Con frases no menos enérgicas censura á su patria por gastarse neciamente un millon anual para impedir la trata de negros en la costa occidental de África. Cruelos por demás son los sarcasmos que emplea el mismo autor para ridiculizar los principios democráticos de la instrucción obligatoria², del sufragio universal, de la igualdad natural, etc.; principios que, según la doctrina de la escuela evolucionista, no pueden producir sino el detestable resultado de favorecer la conservación y multiplicación de los miembros inferiores de la sociedad.

Igualmente explícito se muestra Darwin. «Entre salvajes, dice, los individuos débiles de cuerpo ó de espíritu quedan pronto eliminados, y los que sobreviven se distinguen, generalmente, por su vigorosa y sana complexión. Los civilizados, por el contrario, hacemos todos nuestros esfuerzos para contener la marcha de la

¹ HERBERT SPENCER, *Introducción á la ciencia social*. Preparación por la biología, p. 369.

² Id. id. Preparación por la fisiología.